

Larrea concebía la poesía más que como una obra de arte, como una realización personal, a través de la cual el poeta se transformaba. Era una metapoesía o metafísica, por la cual el poeta volaba sobre la realidad, la trascendía. Crear un poema era vivir una experiencia última. Su concepción estaba tan próxima del intento creacionista de Huidobro o la imagen múltiple de Gerardo Diego, en la expresión formal, como de las aspiraciones de la mística, en su trasfondo espiritual.

Larrea buscaba en la poesía lo que otros indagaban en la religión o en la filosofía: la salvación por el arte y la experiencia creadora, no por la vía de la fe o la razón sino por la sensibilidad inteligible, allí donde se junta como un todo, el instinto y la razón, la pasión y la espiritualidad. Este concepto alto, trascendido, de la poesía sólo podía terminar en el fracaso (aparente). Los místicos sabían que las palabras son insuficientes para expresar los deseos del alma. Más pobres, como meros artificios ortopédicos, se muestran las imágenes, en las que tanto gustaba y arriesgaba Larrea, como todos los vanguardistas. La poesía consiste precisamente en nombrar lo que no tiene nombre, levantar palabras sobre el silencio, una obra sobre el solar vacío de la nada. Las palabras y las metáforas, insuficientes, expresan lo inefable, lo que no puede decirse, de ahí su intención sublime y fracasada.

En pocos poetas como en Larrea (o Huidobro) se percibe la altura del vuelo poético y su fracaso. En el punto más alto de su visión (versión) celeste, allí donde vuela el águila, majestuosa sobre idílicos valles verdes (todos los tópicos de la poesía) y sobre cumbres, peligrosas, serriajadas (la intención creadora del poeta), se rompe el poema, abatido por los tiros de la realidad y en el aire flotan por unos momentos las plumas o imágenes brillantes. En el intento del poema, el subrayado de algunas metáforas geniales.

Hay una contradicción muy evidente en Larrea. Sus compañeros de generación, Gerardo Diego o Vicente Huidobro, buscaban el juego poético, la intrascendencia a veces. Era suficiente cazar la imagen, pinchar la metáfora con su alfiler en el poema. Estos presupuestos estéticos estaban muy próximos a la intención de las greguerías ramonianas, buscando más lo poético que el humorismo o el absurdo. Pero Larrea se debatía entre

el juego estético, en la expresión, y la trascendencia en su intención. El lenguaje se mostraba más insuficiente y hasta disparatado por el empleo absurdo de metáforas, para decir el sentimiento.

El desajuste entre juego y trascendencia provocaba una gran originalidad: hipertrofia de la metáfora, vaciedad del contenido. El resultado fue una poesía difícil y desconcertante. El poeta no lograba encontrar el equilibrio, la expresión adecuada al contenido del corazón. Imitando a Huidobro, para que la creación fuese plena, sin los asideros o andamios de la propia lengua, escribió en francés. Muchos de sus poemas serían luego traducidos al castellano por Gerardo Diego o por Luis Felipe Vivanco.

Juan Larrea llegó a ser un poeta tan extraño que sólo se le conocía por las ediciones de la famosa *Antología* de Gerardo Diego o por las colaboraciones en las revistas de la época: *Grecia*, *Cervantes*, *Favorables París Poema*, *Litoral* y *Carmen*; incluso se llegó a dudar de la existencia real de Juan Larrea, creyéndose que era un pseudónimo.

Exigiéndose tanta vocación, se corre el riesgo de perderla. Así sucedió con Juan Larrea. Se perdió para la poesía y se dedicó a ser el exégeta del grandísimo poeta y amigo César Vallejo. Con Vallejo había fundado la revista *Favorables París Poema*, en 1929. Aquí publicó su manifiesto «Presupuesto vital», a la vez una estética formal y una ética vital. Consagrado a la comunión con el poeta peruano, a la búsqueda axial o mística de la poesía como explicación del mundo, Larrea publicaría, entre otros, los siguientes libros: *César Vallejo héroe y mártir indohispano*, *Del surrealismo al Macchu Picchu* o *Rubén Darío y la Nueva Cultura Americana*. El poeta imposible devenía en crítico complementario, en ensayista creador.

Versión Celeste es uno de los libros más personales e importantes de la lírica española del siglo XX. Por las circunstancias apuntadas anteriormente, por el estallido de la guerra civil que tantas trayectorias destruyó, el libro de Larrea —su autor preparaba la edición en 1935— no vio la luz entre sus coetáneos, como los de otros poetas de 1927. La contemporaneidad de su poesía y de este libro, vendrá después con las valoraciones de Vittorio Bodini, primer editor de *Versión Celeste*, en

1969, y de Luis Felipe Vivanco, a quien se debe la segunda edición y que recuperó las traducciones de Gerardo Diego, Larrea y las suyas propias. Carlos Barral intuyó las novedades estéticas y la importancia del libro, y se unió al proyecto.

Versión Celeste, surgido de la estética ultraísta o creacionista, de la destrucción y la creación, explica la trayectoria poética de Juan Larrea, el proceso psicoespiritual de su entendimiento de la poesía como una búsqueda estética y una experiencia mística. La expresión en lengua francesa significaba la búsqueda de una allendidad donde se objetivara el poema, desposeído de la materia lengua, a la búsqueda de un verbo universal.

El tiempo muestra en su dimensión la importancia de *Versión Celeste*, como un intento arriesgado de poesía nueva y poética renovadora. En esta poesía se unen la teoría y el acto creador, la destrucción de la vieja literatura y la explosión dislocada de los nuevos códigos estéticos. El resultado exige una lectura atenta y la justa ponderación.

Orbe: un diario total

Después de tantos años de permanecer inédito, que no olvidado, apareció en 1990 *Orbe*², selección del diario que Juan Larrea escribió entre 1926 y 1932, debido al buen gusto y exigencia crítica de Pere Gimferrer. *Orbe*, como su título indica, expresa el universo humano y literario de Juan Larrea, su modo peculiar de entender y escribir su poesía.

Gimferrer, en su presentación de *Orbe*, lo compara nada menos que con el *Libro del desasosiego* de Pessoa. No le falta punto de razón a Gimferrer, pero el modelo parece algo excesivo. *Orbe* es un diario de poeta donde Larrea exhibe sin pudor sus crisis profundas de identidad, resueltas tantas veces por la vía poética o la escapatoria mística. En Larrea se muestran dos personalidades opuestas que se atraen y se repelen, se destruyen. La identidad, entre el dolor y la esperanza, se irá imponiendo a estas dos caras de Juan, máscaras que interpretan dramáticamente el combate por la luz o la cordura. En Pessoa, el poeta es un fingidor. En Larrea, el poeta rescata al hombre de las tinieblas, lo eleva a un destino salvador.

El *Libro del desasosiego* es un diario metafísico, una tragedia íntima donde el hombre y el poeta se destruyen, sin esperanza. La poesía se une a la filosofía, se condensa en pensamientos que remiten a los grandes moralistas. Aquí la identidad se atomiza para ser barro o motas de polvo, salvadas sin embargo por el rocío leve de la poesía. *Orbe* no posee esa transcendencia metafísica, la fragmentación continua del texto en aforismos perdurables. *Orbe* es un diario de cabecera que testimonia una crisis profunda, vital y poética, salvada por una fe mística, que Pessoa, más humano o pesimista, no poseía.

La poesía, en Larrea como en tantos otros poetas, es un difícil camino hacia la madurez. Cuando la consigue, deja de escribir poesía, se convierte en crítico de los otros (sobre todo de César Vallejo), en ensayista creador de sus propias iluminaciones (u obsesiones). La poesía en Larrea es una forma de conocimiento de sí mismo y del mundo. Explorador de los vastos dominios del subconsciente, con la sinceridad del escritor, no con las inhibiciones de los psicoanalistas, Larrea intentará conocer la otra cara profunda, más allá o más acá de la realidad.

Para los creacionistas o los surrealistas, la palabra es insuficiente para expresar la nueva poesía. Indagarán en la imagen múltiple, en la metáfora, como identidad y desajuste, como exceso, para expresar lo inexpressable. Las metáforas, en su exageración, son los sarcófagos que guardan las momias de las palabras. Las imágenes se cristalizan y matan en su interior a la verdadera poesía que es ingenuidad. Larrea era consciente de la dimensión y límites de la poesía de su tiempo. Había una crisis profunda entre ética y estética, entre poesía pura y comprometida, polarización literaria que desembocará también en la guerra civil de 1936. Este discurso exterior que estaba en las tertulias literarias, en los periódicos y en las revistas, Larrea lo hace combate interior, monólogo de su diario.

En el dilema poesía pura/poesía comprometida, Larrea, que en la poesía arriesgada la *Versión celeste* alcanzará los límites, opta por el silencio. Su universo

² Juan Larrea: *Orbe*. Edición de Pere Gimferrer. Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1990.

había sucumbido, entre la fe poética y el fracaso. Intentará otros caminos, u otros ensayos. La poesía se trastocará en mística, en busca de un axis universal que sitúa en el Macchu Picchu, o de una obra a la vez pura e impura, revolucionaria y salvadora, la de su amigo César Vallejo, continuador de Rubén Darío. De esta «obra» él será el crítico y el panegirista, el sumo sacerdote.

En la actitud política que muestra este diario, Larrea es tan moderno que parece un teórico de la «perestroika». Quiere compaginar el comunismo con el capitalismo, quitándoles a ambos los lastres de sus excesos, llevándoles a un punto de encuentro y equilibrio. Esta actitud no es ajena a sus raíces burguesas y a su conciencia intelectual, próxima a la República y a las reivindicaciones del pueblo, tan justas en aquellos años de transformación social. Erróneamente infravalora el peligro nazi, en 1931.

En este diario del vivir rescatado del olvido, están reflejadas las crisis amorosas (e incluso problemas sexuales en una sinceridad conmovedora). El Eros su atracción, o rechazo es determinante en la poesía (del amor o el desamor, de la pasión o el tedio). El amor o su vacío se refleja en el *Libro del desasosiego*, también en *Orbe*. Juan Larrea vive el amor real del hombre no el ficticio (imposible o soñado) de tantos poetas. Lo goza y lo padece. Este amor hace que el poeta descienda de su vuelo, que sea más humano, que madure su personalidad.

En este diario hay, a veces, como en el vivir mismo, nimiedades (como las preocupaciones por un partido de tenis). Así es la misma vida, con sus trascendencias y vulgaridades.

Orbe no es un diario total que abarque toda la existencia de Juan Larrea o su trayectoria literaria. Es un diario parcial, pero intenso, espigado de las 1.521 páginas mecanografiadas, según el antólogo, enmarcado entre las fechas 1926 y 1932. La vida de un hombre puede entenderse como toda su existencia. La vida de un escritor está esenciada en sus años decisivos, creadores. *Orbe* es el diario del poeta y el testimonio del hombre, condenados a enfrentarse y a entenderse.

Amancio Sabugo Abril

La caída del ángel

El nombre de Marta Portal* no puede ser ajeno a una revista dedicada al estudio de la literatura hispanoamericana. Reconocida especialista en la materia, sus estudios sobre novela mexicana —Rulfo, en especial—, realizados desde una perspectiva semiológica, han situado su labor investigadora en el ámbito de un reconocimiento internacional. Pero Marta Portal es, ante todo, novelista. Y afirmo esa primacía desde la consciencia de la *creatividad* de su perspectiva crítica, desde su aportación a la metanovelística en varias de sus obras —su reflexivo meditar sobre el hecho novelístico transfundido en relato mismo—, desde la fusión autor-narrador-personaje en algún brillante ejemplo —*Un espacio erótico*— y hasta en la atención a escenarios hispanoamericanos en otros. Y aunque sea este último aspecto el menos estructural, es, sin embargo, en la superficie del hecho literario, el nexo de unión más evidente, por externo, entre su labor crítica y su quehacer novelístico.

Situándonos, pues, en esta interrelacionada actividad, el objeto de las presentes notas es esa Marta Portal novelista, que llega al universo narrativo desde una asumida y larga trayectoria de crítica y creadora. Camino en el que, repito, es difícil separar las dos vías, que discurren paralelas, pero con continuos *pasos* subterráneos que las intercomunican.

El libro que paso a comentar, último publicado por Marta Portal, creo que tiene un título emblemático: *El ángel caído*. Emblemático en su producción literaria y en el contexto sociológico dentro del que surge. Quiero decir que es el último *ángel caído* de no pocos personajes de su autora, y es, al mismo tiempo, el actualísimo ejemplo de una realidad social coetánea.

* Marta Portal Nicolás: *El ángel caído*, Editorial Planeta, Colección Fábula, Barcelona, 1994, 202 páginas.